

43485

Ca 921 n.º 29

Las Corridas de Toros



FOLLETO

publicado en la importante Revista de Madrid

NUESTRO TIEMPO



50 CÉNTIMOS

1914



LAS CORRIDAS DE TOROS

I

EL ESPECTÁCULO



Yo he sido en mi primera juventud, un apasionado *enragé* á las corridas de toros.

De esto hace ya muchos años.

Entonces, creía héroes á los lidiadores; juzgábalos enteramente superiores á los demás seres humanos, y hasta tenía mis *ídolos*.

Pero, en cuanto empezó á evolucionar la inteligencia, fueron la reflexión y los serios estudios disipando aquellas nubes saturadas de sangre, y aquella atmósfera que atrofiaba, por decirlo así, mis sentidos.

Aprecié, con toda claridad cuanto integraba semejante espectáculo, y desde entonces, lo aplaudido con entusiasmo, fué rechazado con indignación.

A los quince años de edad pedía "caballos" como quien pide algo para distraerse.

¡Qué estupidez la mía!

Y digo estupidez favoreciéndome.

El estúpido, el idiota es un ser casi inconsciente; y por ende, irresponsable de sus actos.

Aquella no era una estupidez; era que yo sufría el contagio del ejemplo. Era que en tales momentos, padecía la embriaguez producida por el espectáculo.

Podía parangonarme al que sin ser jugador, entra en una sala de juego.

El contagio lo precipita; y yo para evitar ese contagio, desistí de ir á los toros.

¿Qué daño me habían hecho aquellos pacientes, solípedos, para que al ver morir á uno, destrozado, pidiera que saliese otro á la plaza, donde había de sufrir la misma suerte?

Los defensores del toreo, que alegan, como inadmisibles disculpa, el ser ya poco útiles esas caballerías para el trabajo, procuran neutralizar con tan falso raciocinio, una ingratitud patente.

Y no es sensiblería de lo que se trata.

Es que, á mi juicio, el pobre animal sometido durante su vida á un rudo trabajo, causa tal vez de la inhabilidad en que se halla, no merece una muerte semejante, en la que se lleva el refinamiento de la crueldad hasta venderle un ojo, para que ni siquiera pueda defenderse de la acometida que le espera.

Si ese irracional pensara, mal juicio se formaría de los hombres que se divierten viendo morir al que ha prestado al trabajo toda su existencia!

Y este acto de ver y aplaudir los caballos que caen muertos ó mortalmente heridos, no sólo es anti caritativo sino anti humanitario.

Conduce el caballo encima, á un hombre; á un ser como nosotros; á un hermano nuestro.

Pues cuando este individuo teme más por su vida, es cuando más se le incita, para que se busque la muerte.

¡Triste reminiscencia de los circos romanos!

Si no se tuviese en cuenta el estado febril de los que aplauden y vocean, el Código penal aplicaría un castigo á esos incitadores.

Pero que la calentura existe, no cabe duda, pues yo estoy seguro de que el individuo más exaltado en una plaza de toros, calificando de "maleta", de cobarde y hasta de ladrón, al picador algo temeroso, sería el primero en retirarlo del peligro si viese que en la calle iba á atropellarlo un coche, ó se echaría al mar, si lo viese en peligro de ahogarse.

Y he hablado del picador por ilación de ideas. Pero ¿acaso los lidiadores no corren igual peligro, y aún algunas veces más?

Por desgracia, el año 13, del siglo que comienza, nos da una amarga respuesta.

Extraordinario es el número de las cogidas, y no escaso, en

proporción de los que toread, el contingente de los que del redondel pasan á la enfermería y de la enfermería á la eternidad.

Y el público, cuyos sentimientos humanitarios se hallan en aquel momento encallecidos, mientras del ruedo es llevado el torero, pensando en un hogar querido, y en una familia desolada, ese público, repito, imitando á lo de: "*puede el baile continuar*", vocea que ; la corrida no se debe interrumpir !

Jamás me he visto, ni pienso que me he de ver, en el caso de un lidiador. Mas apostara doble contra sencillo, á que cualquiera de ellos al ser conducido á la enfermería (que hasta con inicua sorna se dice: *a' hule*) llevando el pecho atravesado ó los intestinos al descubierto, no ha de demostrar gratitud alguna hacia los que siguen divirtiéndose mientras él está expirando.

Es verdad que, luego, si vive, llueven los telegramas; menudean las visitas, y la Prensa se ocupa de él con una extensión más inclinada á satisfacer el noticierismo, que á lamentar la desgracia.

Todo esto, sin embargo, no viene á ser otra cosa que lo que suele llamarse: "el llanto del cocodrilo", ó "la cebada al rabo".

¿Sabéis que ese lidiador va á combatir con una res brava, exponiendo su vida por el dinero que le dan; (gratis no creo que trabaje ninguno) y después os lamentáis de la cogida? Es decir: de lo que le habéis proporcionado con vuestro propio dinero.

No quiero terminar este capítulo sin reproducir algunas reflexiones del inolvidable Selgas, quien ha calificado de la manera más gráfica y verdadera tan *culto* espectáculo.

Habla de festejos, diciendo: "y sobre todas (las funciones) resaltaba un cartel encarnado, como si se hubiera teñido de sangre.

"En él campeaban grandes letras cual si quisieran dar, por su magnitud, una idea de la grandeza de la fiesta.

"Además de grandes, eran negras.

"Sin duda habían comprendido que debían presentarse de luto.

"Esta función tenía oculto un incidente que nunca anuncian los carteles, y que siempre se espera.

"Lo *sublime* de esta función consiste en la probabilidad de ese incidente.

”Quítese á las corridas de toros el peligro en que está constantemente la vida del torero, y se acabó el encanto.

”Veinte mil seres racionales no sacrificarían, ni su triunfo, ni su dinero, ni su comodidad, por semejante espectáculo.

”Por eso el mejor de los toros, será aquel que arroje á la culta admiración de nuestro entusiasmo, mayor número de cadáveres.

”Por eso el *gran* toro del domingo fué el que destruyendo de un solo empuje todas las habilidades del arte, hundió su asta encendida en el corazón de un infeliz torero.

”Veinte mil personas presenciaron el espectáculo, sin duda terriblemente impresionadas; pero dispuestas al mismo tiempo, á insultar al torero que se hubiese negado á seguir lidiando con aquella fiera que tenía entusiasmado al concurso.

”En toda corrida aparecen tres fieras que son:

”El toro, el torero y el público.

”Los grados de barbarie pueden calcularse por los siguientes datos:

”Al toro, se le obliga.

”Al torero, se le paga.

”El público va por un acto de su soberana voluntad, y da dinero encima.

”Obsérvase, ahora, esta otra gradación:

”El toro, provocado, se defiende.

”El torero, comprometido, lidia.

”El público se divierte.

”En el toro, hay fuerzas é instinto.

”En el torero, valor y habilidad.

”En el público no hay más que fiereza”.

Imposible la manifestación de una verdad mejor expresada.

Refiriéndose, siempre, el ilustrado articulista,—que ya por desgracia no existe,—á la corrida de aquella tarde,—y esas, también por desgracia, siguen existiendo—consigna esta otra verdad, refiriéndose al torero muerto en dicha tarde:

“Que la ley mata al criminal.

“¡ Es una vergüenza !”

“Que un toro mata á un inocente”

“¡ Es una diversión !”

II

ASPECTO DE LA CUESTIÓN

Mientras la diversión taurina entrañaba solamente un carácter *endémico*, en España, nada había que temer.

Siempre han existido enfermedades que se localizan; que no pasan de cierto límite; y las sufrimos con paciencia, y hasta con resignación.

Es más: si careciésemos de los males que producen las enfermedades, desconoceríamos los bienes que produce la salud.

Pero llega el cólera, ó la fiebre amarilla, ó alguna de esas otras calamidades, y toda la población se alarma, y las Autoridades toman excepcionales medidas, y los trabajos contra la epidemia se multiplican, no reflexionando que de haber tomado antes las debidas precauciones, quizás el terrible huésped no hubiera llegado, ó al llegar, se hubiera visto en la imposibilidad de hacer estragos.

Con sobrada razón exclama hoy la ciencia médica, que el contagio varioloso, tan sólo se desarrolla donde se le permite desarrollarse.

Pues apliquemos lo físico á lo moral.

Conceptuada la afición taurina, como una afección *endémica*, no habría que temer nada. Ya lo hemos dicho.

Jugadores habrá siempre, pese á cuantas disposiciones gubernativas se promulguen; á cuantos sermones se prediquen, y á cuantos artículos ó libros se escriban, sobre una pasión tan perniciosa.

Borrachos no han de faltar aunque las leyes más restractivas se propongan su extinción.

Los consejos de la familia; la expulsión del taller; la detención correccional, todo inútil.

El que se ha dado por completo á la bebida, reconoce, quizás, los terribles efectos del alcoholismo; la miseria á que puede conducirle; y sin embargo, no retrocede.

Como estas funestas pasiones hay otras muchas que creo inútil citar; pero que están llamadas á persistir, pues, como dije más

arriba, que á no existir enfermedades, desconoceríamos lo que es la salud, repito ahora, que al desaparecer los vicios, dejaríamos de saber lo que son las virtudes.

Pero todos estos vicios llegarían á ser *epidemia*, sino se hablase más que en favor de ellos; si las autoridades les prestasen su apoyo; si la Prensa les dedicase artículos encomiásticos; y, sobre todo, si la mujer, en general, les sonriera, alentándolos.

Y esto es precisamente, y por desgracia, lo que está sucediendo con el toro.

La afición á las corridas no comprende, ni con mucho, lo que el vicio del jugador ni las consecuencias del alcoholismo.

Lo más que puede perder el que asiste á ellas, es el precio de la localidad ó de la entrada, y á lo sumo, el importe de la comida en un "restaurant".

En cuanto á embriaguez, no existe más que la momentáneamente ocasionada por lo que de emocionante tiene en sí el espectáculo.

Lo grave está, en que fuera de la plaza, se pretenda idealizarlo, defenderlo, y hasta fomentarlo, llegándose á conceptuar al torero como un héroe; y al espectáculo como una fiesta de la que pueden manifestarse los españoles tan satisfechos como orgullosos.

Y no me salgáis al encuentro con el *boxeo*, nacido en Inglaterra, (llamados por algunos, bárbaramente *sport*) y las luchas japonesas ó *greco-romanas*.

Todo eso, aun sin la crueldad y la repugnante exhibición de los caballos destripados, no constituye en el extranjero, una honra para la patria, ni lo llamaría ninguna nación, "*la fiesta de su país*".

Es indudablemente el *boxeo* un punto negro, sobre el nítido manto en que pretende envolverse la moderna civilización. Pero un punto que no se extiende; que se limita á aquellos cuya idiosincracia los impulsa á no borrarlo.

Y lo que más preocupa en luchas de esa clase es el interés material. El de las apuestas.

Muchos de los concurrentes son jugadores que toman aquellos combates como aquí se toma una riña de gallos.

Pero ¿pueden indicarme los ilustrados lectores de estos apuntes,

cuáles son los periódicos del extranjero que á esa clase de espectáculos rinden culto? ¿Pueden decirme qué entidades se han constituido en *defensa* de tan bárbaros combates? ¿Pueden, en fin, indicarme, no las *mujeres* que á ellos asisten, sino las *señoras* que se hayan brindado á presidirlos?

No creo les será posible.

Por lo cual, el *boxeo* y las luchas antes indicadas, pueden conceptuarse, para el público, como una enfermedad moral; pero, afortunadamente “endémica”. Esto es: limitadas á los aficionados.

Mas en España el toreo va tomando el carácter de “epidemia”. Y lo verdaderamente inconcebible es que los *médicos* y hasta los *higienistas*, los primeros á combatirla y los segundos á precaverla, son los que en vez de recetar medicinas, dan tósigos; y en lugar de combatir se esfuerzan en aumentar el número de los deletéreos microbios.

Los que he llamado *médicos* son: el Gobierno y el Periodismo. Y aún conceptuándose éste, como el cuarto poder, representa, casi, el primero, en el asunto de que se trata.

He dicho, además, Periodismo y no Prensa, porque ésta comprende todo lo que se imprime, y no es el libro el que más influye en lo que diariamente se inculca.

Jamás he visto en España la edición de más de cien mil copias de un libro, y supera á este número, el de los ejemplares que tiran diariamente algunos periódicos.

En cuanto á los que he llamado *higienistas*, conceptúo como tales: las personas más conspicuas: los buenos padres de familia, y el pueblo trabajador.

De todos me ocuparé, aunque ligeramente, en artículos por separado.

Antes, sin embargo, voy á referirme á otro elemento, que también, sin darse cuenta de ello, contribuye á que se fomente lo que se debería no alimentar.

III

LA MUJER EN LAS CORRIDAS DE TOROS

Si yo no estuviese seguro de que la mujer posee un caudal de abnegación, de cariño y de buenos sentimientos, su asistencia á las corridas de toros, haríame poner en duda todo eso.

Y me quedaría en la duda, para no pasarme á la opinión de muchos Santos Padres, que nos la presentan ya como monstruo; ya como un ser sin entrañas; ya como un aborto de los Infernos.

San Jerónimo, el menos “agresivo”, se satisface con decir: “Es más fácil hallar un cuervo blanco, que una mujer buena”.

No; yo no puedo creer tal cosa.

La mujer, por regla general, y si no ha sido víctima de una torcida educación ó ha crecido rodeada de malos ejemplos, es siempre buena.

Tal vez para comprobárnoslo, hizo el Creador que fuese *ella* la que engendrase, alimentara y cuidara de sus propios hijos.

Y si esto sucede en todo buen matrimonio, también se efectúa, casi siempre, respecto de aquellas criaturas que nacieron al impulso de un mal entendido amor.

¡Cuán crecido es el número de los padres ilegítimos que no se cuidan del ser á quien dieron la existencia! ¡Y cuán escaso el de las madres ilegítimas, que los abandonan aunque se hallen combatidas por el menosprecio de la sociedad y el azote de la misma!

Si la mujer, considerada en absoluto, fuese un aborto del Averno, un ser sin corazón, ó cuando menos, resultase más fácil hallar una buena que un cuervo blanco, ya la humanidad se hubiera extinguido, porque las hijas de estas madres serían otros tantos monstruos, y los varones se verían inclinados á seguir tales ejemplos.

De aquí la disolución de la familia, y por consiguiente de la sociedad.

Ahora bien: esos Santos Padres no han procedido, seguramente, de generación *espontánea*.

Todos han tenido madre; muchos de ellos han tenido hermanas, y... quiero suprimir el comentario.

Además: si ellos fueron santos ¿se me negará que ha habido también infinidad de santas?

Ultimamente; una mujer eligió el Eterno como engendradora de su propio Hijo.

A pesar de lo que acabo de exponer, con la sinceridad que siempre trasmito á la Prensa lo que justo imagino y razonable creo, la duda, que anoté al principio de este capítulo, persistiría algo en mí, á no estar seguro de que la *fiebre* á que antes hice referencia, es la que se apodera, en ciertos casos, de la mujer, como se apodera del hombre.

Infinitas son las que aborrecen las corridas, y por consiguiente no asisten á presenciarlas.

En esas, el buen criterio y los sentimientos humanitarios se unen al buen ejemplo.

Otras van, ó porque nunca han asistido ó porque el epidermis de su sensibilidad se encuentra algo encallecido.

Pues, aun á esas mismas, les he preguntado varias veces:

—Usted que no puede presenciar el degüello de una gallina; usted que cuando ve á dos hombres peleando navaja en mano, se horroriza y se retira del balcón, quizás con un ataque de nervios, ¿cómo puede presenciar á modo de diversión, que un caballo arrastre los intestinos por la arena, y que un hombre luche con un toro, llevando éste por armas dos cuernos y el otro una espada?

¿Es que confía usted en el arte del lidiador?

Mala confianza es esa cuando no puede ser absoluta; y que no es absoluta lo demuestra el que más de un solo cuerno ha mandado á más de un matador al otro mundo.

Y la contestación *mutatis mutandis*, se ha reducido casi siempre, á ésta:

—Le sobra á usted la razón. Pero ¿cree que yo presencio la corrida? Voy por la animación; por el aspecto que presenta la plaza. Pero en cuanto veo enganchar á un pobrecito caballo, cierro los ojos ó les pongo por pantalla el abanico.

Aquí se prueba el reconocimiento del mal, lo que es ya un bien; y la atracción funesta del espectáculo; lo que es un mal.

Hay otras mujeres, en fin, que van para satisfacer ansias de emociones; que nada les importa la cogida de un lidiador; que no separan la vista del ruedo como no la separarían del escenario de un teatro, donde se representase la más interesante de las tragedias.

Estas mujeres son las menos, y debiendo calificarlas habría que incluirlas en el catálogo de las mencionadas por los Santos Padres.

Pero son la excepción; lo repito y sabido es que sin excepción no hay regla.

Lo que me entristece; lo que juzgo verdaderamente censurable, y no pocos taurófilos son de mi parecer, entre ellos mi amigo el reputado ex ganadero Pepe Orozco, es la Presidencia de señoras y señoritas generalmente escogidas entre lo más selecto de la alta sociedad femenina.

¿Cómo podrán justificar su adhesión á semejante *fiesta*, pues á ella asisten no cual meras espectadoras, sino como sancionadoras del espectáculo?

¿Cómo se compagina lo siguiente?

Presiden una función taurina de donde la caridad ha huído indignada, y luego contribuyen con su dinero y con sus trabajos á sostener sociedades filantrópicas.

Oyen sin inmutarse, y hasta sonriendo, apurar el diccionario de las frases más soeces y hasta de blasfemias las más horrendas, mientras luego protegen escuelas para que los niños se eduquen bien; para que no profieran malas palabras; y se tapen, horro-rizados los oídos, al escuchar una blasfemia!

Van á presidir un espectáculo antireligioso, porque la religión prohíbe asistir á todo acto cruento, y más aún si por diversión se toma lo que puede acarrear la muerte, y después protestan de que deje de ser obligatoria la enseñanza del Catecismo en las escuelas!

¿No es todo esto anómalo y hasta contradictorio? Encendiendo una vela á San Miguel y otra al diablo ¿no pueden hacer imaginar al pueblo, que á la del diablo se inclinan, y suponer hipocresía la encendida á San Miguel?

Puede suceder muy bien eso.

Y ¿sabéis la consecuencia?

Pues ha de ser ésta: Que vuestros actos de caridad, de educación y de religiosisidad cristiana, irán perdiendo fuerza, ya que lo contradictorio trae aparejado el indiferentismo, cuando menos; y se estrellarán vuestros buenos propósitos ante el pueblo, el cual acoge mejor sanos ejemplos que buenas palabras.

Y conste, ahora, que yo no culpo tampoco, directamente, á esas señoritas, de las que en realidad conozco los sentimientos que entrañan.

Al ser invitadas, no ven más que una deferencia hacia ellas (utilitaria para las empresas); y el natural deseo de exhibirse y la innata coquetería de lucir un traje que no es el usual, y tantas otras circunstancias inherentes á la mal llamada *Fiesta Nacional* son como velos que nublan lo inculto del espectáculo y riesgos que han de correr los lidiadores, para pensar solamente en los detalles del tocado; en lo que van á ser admiradas; en los elogios que al día siguiente, ó quizás aquella misma noche, tributará la Prensa á su hermosura y á su elegancia.

La parte “decorativa”, por decirlo así, es lo único que se presenta á su vista.

Los culpables, á mi juicio, son los que teniendo autoridad sobre ellas, experiencia del mundo, y conocimiento de lo que es en sí la tal “fiesta”, permiten que las presidan, demostrando una flexibilidad de carácter, ó una condescendencia llevada al extremo, dsvirtuadoras, por cierto, de esa misma autoridad.

La presencia de tan distinguidas damas halaga, estimula y enaltece dignamente, cuando presiden unos “Juegos Florales”; una distribución de premios á la honradez ó al trabajo; un acto filantrópico, ó algo en fin que esté relacionado con la inspiradora belleza de la mujer; con los nobles sentimientos de su corazón; con el espíritu de la caridad.

Y nada, absolutamente, de todo eso, ha de hallarse en una corrida de toros, sino todo lo contrario.

Más aún: á la incultura es á la que se halaga; lo brutal es lo que se estimula; y á la barbarie es á la que se enaltece.

IV

LOS PROGRESOS DE LA FIEBRE

Veamos, aunque con rapidez, si la *fiebre taurófila* pasa ya efectivamente de los 40 grados y si en verdad, se va haciendo “epidémica”.

Para los que limitan su existencia á la habitual ocupación del cargo que ejercen, del empleo que desempeñan, ó de la industria que es el sostenimiento de la propia familia, suele pasar inadvertido cuanto ocurre en la esfera social, y si de ello se aperciben, es presenciándolo como el desarrollo de una película cinematográfica.

Para los que de asuntos sociólogos se creen en el deber de ocuparse, siempre en beneficio de los que el núcleo social constituyen, no puede pasar desapercibido lo que ha de traer, al cabo, un mal casi irremediable.

Pero ¿es que usted no exagera?—me preguntan algunos.

No, señores; no exagero.

¿Se duda de la tisis pulmonar cuando todos los síntomas claramente la demuestran?

¿Se desconoce la aproximación de una tempestad, cuando las nubes se aglomeran, el aire es húmedo; y los instrumentos meteorológicos la señalan?

Pues cuando os fijéis en los síntomas que demuestran el desarrollo de la *fiebre taurina*, me daréis la razón.

Vamos á examinar los que están más á la vista.

En épocas, según dicen, de menos cultura, solía gritarse: “¡Pan y toros!”

Pues ya el pan es lo secundario. Hay quien se queda sin comerlo por presenciar una lidia.

Se cierran teatros y se construyen circos; el actor de verdadera inspiración artística, que á fuerza de años, de trabajo y de estudio ha alcanzado uno de los primeros puestos en el arte dramático, podrá ganar, contratado, unas quinientas pesetas, como

máximum, en cada función; un torero de cartel puede llegar hasta 4.000 y me quedo corto.

De aquí una conclusión irrefutable entre la causa y el efecto; pues existiendo esa cotización, resulta, á todas luces, que el público acude más á las plazas de toros que á los teatros.

En varias capitales de provincia he observado de cinco años á esta parte, que importando el abono á butaca, por quince representaciones 30 pesetas, y tratándose de una excelente compañía dramática, el mencionado abono no ha podido cubrirse; mientras el mismo domingo en que se anunciaba el *debut*, la plaza de toros estaba llena, y se pagaba 50 pesetas cada palco.

Semejante ejemplo demuestra algo más triste de lo que representa el desvío por el teatro. Demuestra que las clases pudientes se inclinan con preferencia, á fomentar el toreo en perjuicio de un centro culto é instructivo; y de aquí el que ese mismo centro haya tenido que degenerar siguiendo el estragado gusto predominante, y doblando la voluntad á la subsistencia.

En el llamado *género chico*, hay autores concienzudos que han *caricaturado* á infelices ilusos, que soñando con ser un Cúchares, ó un Tato, dejan el oficio que les produce un jornal, por la “carrera” taurómaca, que sólo podrá producirles otras *carreras* con el aditamento de cornadas y revolcones.

Pero se agitan en el vacío, los autores de tales obras.

Las que prosperan; las que se aplauden á rabiar; las que despiertan entusiasmo, especialmente en las “galerías”, son aquellas en que se endiosa al matador de toros y se entonan *odas* á ese arte *que vino del cielo*, según el aficionado, *enragé* de la conocida zarzuela *Torear por lo fino*.

Si nos referimos al género de “Varietés”, lo primero que hace la *coupletista*, es *dar el paseo*, con su capa torera; y cuando saluda en pretensión del obligado aplauso, lo hace como si fuese á poner banderillas al público.

El dueño de un “cine” que ve sus entradas en decadencia, apresúrase á pedir cintas en las que, fotográficamente, se representen lidias de cornúpetos, teniendo la seguridad, como así sucede, de que se llena el local.

Y yo he visto aplaudir la salida de los toreros y la estocada de un matador, cual si efectivamente los fotografiados lidiadores pudieran oír la “ovación”.

No se da una fiesta andaluza en la que no se ostenten cabezas de toros (disecadas); capotes; banderillas; carteles anunciadores del espectáculo; picas..., etc., etc.

Si pasa usted por delante de un café, y ante una de las mesas que están al aire libre, ve un corro de gente (permítase el pleonismo) no se crea que allí ha pasado nada; es que se admira á un torero de más ó menos categoría.

Cuando habla, los espectadores empinándose los unos tras los otros, escuchan extasiados lo que dice el “oráculo”; y hay quien después en su domicilio, exclama ante la familia con un orgullo digno de mejor causa:

—¡“He oído esta tarde hablar al *Culebrina chico!* Sus palabras se me han quedado fijas como si me las hubieran estereotipado en la imaginación. Ha dicho: “que haciendo mañana el mismo sol que ha hecho hoy, va á ser un hermoso día”.

Si el torero en cuestión es hombre de buen sentido, ¿qué idea se formará de aquellos seres humanos, al verlos reunidos para contemplarlo? Y si carece de ese buen sentido, su cabeza se llenará del humo desprendido de semejantes candiles intelectuales.

En los establecimientos de bebidas, ya van apareciendo marcas con retratos de lidiadores.

Y tenemos el Anís “Machaquito” y el Larita: y tendremos el “Ron Gallo” el aguardiente “Bomba”, etc., etc.

En las cajillas de fósforos lo que priva son las colecciones de efigies toreras. Por eso van desapareciendo las reproducciones de otro género, que antes eran muy buscadas.

Cuando cae, víctima de su deber y en defensa de la patria, un valiente militar, sus compañeros le rinden el tributo de justicia y de cariño que su coraje y abnegación se han merecido.

Si el hecho es muy público, la Prensa le dedica un recuerdo. Pero estoy seguro de que no lloverán las tarjetas de pésame en la casa de la familia que ha perdido al valiente militar sobre el campo de batalla.

En cambio, muere un torero víctima del oficio que eligió por su voluntad, su capricho, su inclinación, ó su utilidad pecuniaria, oficio ú arte, que lejos de contribuir al engrandecimiento de la nación, tiende á disminuirlo fuera de ella, y columnas de periódicos noticieros se ocupan en detallar cuanto al mencionado lidiador se refiere. Las más encopetadas personalidades, exteriorizan su pésame á la familia del extinguido, y entonces sí que llueven las tarjetas.

Pues para mí, y para toda persona no desequilibrada intelectualmente, más de sentir,—aunque lamentabilísima siempre sea una desgracia,—es la que ocurre al que se expone á morir en defensa de la patria, ó la del obrero que se inutiliza en un trabajo, con el cual ganaba el propio sustento y el de su familia, que la del que corre un peligro distraendo á un público ávido, tanto de ver si el torero mata bien al toro, ó es el toro el que mata al torero.

Tal es el desarrollo de la *afición*, que hasta algunos individuos, por ejemplo en Madrid (murió uno de ellos), empezaron á dar quiebrós á... un automóvil.

Cuando los toros van encajonados el “chaveísmo” los chulea desde fuera.

Las vacas de leche en algunas poblaciones sirven de estudio á incipientes lidiadores; y en las corridas, una gran parte de los espectadores está deseando que el último toro haya recibido una estocada para lanzarse al ruedo.

Hasta los reclamos de todos géneros se encuentran ahora invadidos por esa epidemia moral. De los muchos que he leído, sólo voy á reproducir tres, como muestra, y para que no se me tache de exagerado:

*“Los toros en toda España
son orgullo del país;
y de los vinos de España
los que se venden aquí”*

*“El anís de Machaquito
es de todos el mejor
y por eso lleva el nombre
del gran torero español”.*

De las lámparas Budapest Tungsram :

*“Ya pueden venir Miuras
ó Muruves ó Veraguas.
Por mucho que las embistan
no romperán estas lámparas.*

Cuando hay festejos en alguna ciudad, los carteles anuncian las corridas con tipos de letras colosales, y los correspondientes á espectáculos cultos con letra corriente.

Hagamos aquí, sin embargo, una dignísima excepción, que aplaudo, al mismo tiempo que transcribo, de un periódico de Barcelona :

Se refiere á las fiestas de Primavera, y dice así :

“Consecuentes los organizadores de este “Programa” (que son todos personas serias) en considerar como bárbaros los espectáculos taurinos, en ninguno de los prospectos que han circulado por la nación se alude para nada á las fiestas de toros”...

¡Qué buen ejemplo han dado esos señores en Cataluña !

Pero, continuemos.

No quiero hablar de banquetes á toreros, porque se han prodigado ya tanto esas comilonas, que hoy lo mismo se le da al insigne Benavente, que al que escribe un diálogo casi irrerepresentable ; lo mismo al *Bomba* que al *Microbio chico*.

Pasemos á las discusiones.

Disputan dos bandos sobre la campaña de Africa. Opinan algunos que esas conquistas son como las que creen hacer algunos *Tenorios*, respecto á ciertas mujeres, las cuales los halagan ; los atraen con promesas que no cumplen ; y acaban por arruinarlos.

Suponen los otros, que en el Rif está el porvenir de España; que en breve todo se pacificará y que allí tendremos un elemento de riqueza extraordinario.

La discusión continúa; y las opiniones se contrarrestan; pero cuando los contendientes se cansan, cada uno se queda con sus ideas, y aquí no ha pasado nada.

En cambio, se discute sobre si el matador M... vale más que el diestro B... y los ánimos se enardecen; y tras palabras gruesas, suelen venir rudos golpes, cuando no salen á relucir las herramientas, y la discusión termina en la casa de socorro.

Vea usted las tarjetas postales.

Ya hay colecciones de toreros las cuales se venden con preferencia á las de otras clases.

Hasta los extranjeros son los que más compran, para llevar á su país el retrato de esos *toreadores* en vez de los de notables personalidades políticas ó literarias, así como de monumentos históricos; ignoro si por manifestar en su país, nuestra civilización ó ponderar nuestro retroceso.

Un día de toros, es un día de atropellos en el que las ordenanzas municipales se ven arrolladas por los carruajes, los tranvías y los automóviles, poniendo en peligros á los transeuntes.

Ya en la plaza la concurrencia, el principio de autoridad se debilita hasta lo increíble.

Cuando el presidente comete una torpeza, á juicio de alguien, ese *alguien* se cree en el derecho, y lo ejerce, de ponerlo como un trapo. Y lo corean; y hasta le dicen: ¡que baile!

Si en un teatro ocurre que se pone malo un artista, basta con anunciarlo, para que la cultura del público, se someta á la sustitución de un individuo por otro.

Pero si en una plaza de toros, el ganado se muestra flojo, ó en caso contrario, los lidiadores temen por su pellejo, la manifestación de desagrado se exterioriza, tirando al redondel cuanto se halla á mano, incluso los asientos *movibles* y hasta si la plaza es de madera, se intenta prenderle fuego.

Puede el “cacique” de un pueblo, y al mismo tiempo alcalde, chupar cuanto le sea posible respecto á contribuciones y arbitrios.

Se lamentarán los unos; se quejarán los otros; y quizás protesten algunos; pero ahí se queda todo.

Sin embargo, prohíbe una becerrada y entonces el pueblo se indigna contra tal disposición; se unen todos para pedir que se efectúe, y resulta un verdadero motín con intervención de la fuerza pública.

Nada importa que dos ó tres individuos sean llevados al cementerio, y seis ó siete se queden lisiados para toda su vida.

¡Se ha defendido la “Fiesta nacional”!

¡Cual mayor gloria que la de inutilizarse y morir por ella!

He aquí un patente ejemplo.

Telegrama publicado en casi toda la prensa periódica:

“Castellón, 20 Agosto 1913”.

“En Nules, durante la sesión del Ayuntamiento, unos 600 mozalbetes, invadieron la Plaza de la Constitución, gritando, apedreando y rompiendo los cristales del edificio. El alcalde, los concejales y los serenos, los apaciguaron.

”Continúa la excitación.

”Se ha reconcentrado la Guardia civil.

”El motivo ha sido suprimirse una capea.

”Témese que se reproduzca el conflicto durante las próximas fiestas”.

En reuniones de personas ilustradas no escasean comparaciones taurinas; y en las populares, y en la Prensa, se repiten, que es un placer... es decir: que es un dolor.

Ejemplos:—¡ “Buen par de banderillas” le puso el diputado N. al tratar de su constancia política!

—Eso resulta más difícil que “dar el salto de la garrocha”.

—Es más temible el tal hombre, que “un toro de Miura”.

—Si el otro no hubiera “estado al quite” ¡quién sabe lo que hubiera pasado!

—Su mujer “lo torea” á cada instante.

—Para comer, puedes venir á casa. Para “picar”, te vas á una plaza de toros.

—¿Habló bien el orador?

—En el “primer tercio” estuvo regularcillo. Pero cuando llegó la “hora suprema” se deslució por completo.

En cuanto á periódicos con ilustraciones, se buscaban aquellos cuyas portadas representase la fototipia de una mujer en traje ligero. Ahora lo que priva, es el traje de luces.

Llega usted á un “kiosko” de publicidad, y casi no ve más que títulos que los siguientes:

Nuestros toreros; Sol y sombra; La fiesta nacional; El arte del torero; The Kon Leche; El eco taurómico; La verdad taurina; El torero del día; ¡A los toros! Palmas y pitos; y... sic itur, ad astra, dicho sea irónicamente.

Por último; ¡qué vergonzosa estadística es la que voy á reproducir de “El Toreo”, periódico profesional!

“En España existen 393 plazas de toros y dos en construcción. A ellas acudieron en 1911 unos 7 millones de espectadores gastándose 200 millones de pesetas.

”Murieron 5.600 toros y 6.281 caballos.

”Resultaron 166 toreros heridos y DIEZ muertos!!

¿A qué seguir, si con lo ya dicho basta y sobra para que cualquier personaje de mediano criterio, vea si es cierto que estamos amenazados de esa fiebre contagiosa, cuando no realmente invadidos?

La diagnosis está hecha.

¿Quiénes son los que pueden aplicar el remedio?

Pues voy á repetirlo.

En primer lugar los *médicos morales*; que son: el Gobierno y el Periodismo.—En segundo: los *higienistas* que son: los jefes de familia; los que ocupan una alta posición social, y los que se jactan de educar al pueblo.

Pero vamos á ver cómo lo hacen.

V

EL GOBIERNO Y EL PERIODISMO

Yo no sé por qué el excelentísimo señor ministro de Instrucción pública y Bellas Artes se esfuerza tanto en fomentar la creación de nuevas escuelas de Instrucción primaria.

Una de las cosas que en ellas se aprende, es á leer y otra á escribir.

Buena, á no dudarlo, es la lectura si se aplica á ampliar por medio de libros, ó de periódicos instructivos y morales, el caudal de nuestros conocimientos.

Mas, fíjese V. E. en lo que leen esos niños, apenas saben combinar algunas sílabas y unir algunas cláusulas.

Para esos párvulos, están de sobra los escritos morales, ó los libros, por baratos que sean, si tratan de Geografía, Historia, Urbanidad, Cortesía, etc., etc.

Y á los de ciencias no me refiero, porque indudablemente esos no están á su alcance, ni aunque lo estuvieran, se tomarían la molestia de *alcanzarlos*.

La Historia Universal ó particular de España, es para ellos mucho menos importante que la de algunos de esos toreros de fama.

En cuanto á Geografía, lo importante es saber dónde nació Mazzantini, Paco Madrid, ó compañeros de profesión, y las principales capitales... donde han toreado.

Compran, en fin, lo que ha de estimular el desarrollo del embrionario cosquilleo de sus aspiraciones. Y claro es que no me refiero á la inmensa mayoría de esos escolares.

Yo, excelentísimo señor, que desempeño una Cátedra desde hace más de veinte años, he observado que dos lustros atrás, los alumnos, antes de entrar en clase, discurrían por el patio, ó por las crujías del establecimiento docente, ya repasando la lección, ya tratando, entre ellos, de sus escapadas ó de sus respectivos estudios.

Hoy, salvo excepcionales ejemplos dignos de ser imitados, y que merecen todo mi aprecio, se animan en discusiones que á veces los encargados del orden tienen que reprimir con energía.

Y no versan estas discusiones sobre la resolución de un problema algebraico, ó la buena ó mala aplicación de una palabra en el lenguaje, ó de las propiedades físicas de determinados cuerpos.

Nada de eso.

Lo que se discute es si el matador B. es superior al G.; si las banderillas que pone el N. están mejor puestas que las del banderillero Q.; si el picador A. es un maleta, ó si los toros de M. son más bravos que los de S.

Claro es que al entrar en clase, la disciplina escolar se sobreponé á todo; reina el silencio y el catedrático cumple su cometido, ya preguntando á los alumnos, ya explicando la lección del día siguiente.

Pero mientras el silencio en las aulas hace suponer que la atención del alumno se halla fija sobre lo que el profesor está explicando, persisten en aquellas juveniles cabezas los efectos de las conversaciones acaloradas sostenidas momentos antes, y precisamente cuando empiezan á refrescarse es cuando la clase termina.

Eso mismo acontece en la Instrucción primaria.

Y, con respecto á las Escuelas públicas, cuando aquellos párvulos salen de ellas, su mayor recreo es el de ponerse á jugar al toro, ejerciendo de éste último una tabla, á la que se adhieren dos cuernos, los cuales, si con frecuencia lesionan á alguno de los improvisados lidiadores, de continuo molestan á los transeuntes; siendo lo más lamentable de todo, que los guardias Municipales (es frecuente) lejos de impedir que continúe la *lidia*, presencian el espectáculo con estoica impassibilidad, y hasta con cierta fruición.

Muchos de esos párvulos sueñan con ser mañana reyes del toreo.

De aquí esa nube de los llamados *suicidas*, que se arrojan á la plaza para chulear á un bravo toro, como han chuleado antes á un carnero, á una cabra, y hasta á una silla cuyas patas hacían de cuernos.

¿Conceptúan los expertos gobernantes que la plaga se extiende, y que extendiéndose ha de producir muy malas consecuencias?

Pues ya que no á las personas mayores, porque en ellas el criterio, malo ó bueno, está formado, prohíbase, al menos, que á las corridas de toros concurren niños y niñas.

¿No se ha conceptuado un bien la enseñanza obligatoria?

Pues impóngase la *ausencia obligatoria* de los niños á ese inculto espectáculo.

En naciones, las más avanzadas respecto á establecer buenas costumbres, existe la prohibición—y se cumple—de que (por higiene y por educación moral pública) los niños no fumen en las públicas vías, así como (para impedir que ardan vestidos tales) se prohíbe arrojar al suelo cerillas sin apagar.

Una caudalosa corriente de claras, limpias y saludables aguas, da de beber al sediento, reanimándolo y hasta pareciendo que le presta nuevas energías para continuar su camino. Fecundiza los caminos que riega y ese riego contribuye, eficazmente, á alimentar una vegetación que más tarde hermosea aquellos campos; proporciona alimentos, y constituye riquezas.

Pero si esa misma corriente recoge en su camino, por ejemplo, los gérmenes del cólera, el que incautamente la bebe, no es ya vida, sino quizás muerte lo que recibe.

He ahí un símil de la Prensa periódica, dicho sea sin eufemismos ni reticencias.

El periódico incendiario, por ejemplo, es un torrente de fuego; el sectario, un riachuelo que sólo procura alimentar las plantas que le convienen para la *alimentación* de sus prosélitos.

La publicación genuinamente literaria; la instructiva; la pedagógica; la política (independiente y concienzuda), son diversos manantiales afluyentes al gran río que ha de fecundizar en el curso de las vicisitudes humanas, esas plantas bienhechoras que se llaman: civilización, cultura y progreso, en el buen sentido de esta última palabra.

Pues bien: de una manera inconsciente, no pocas publicacio-

nes han dejado penetrar en sus limpias aguas el microbio tau-
rino.

Periódicos que antes combatían, es más, anatematizaban las corridas de toros, y hasta elogiaban la Liga que se fundó contra ellas, hoy dedican extraordinarios elogios á los lidiadores, como si el haber dado acertadamente un puyazo, hubiera sido poner una pica en Flandes, ó como si el matar bien un toro pudiese dar vida á un acto de gloria para el país.

Casi constantemente veo en publicaciones diarias, ocupar dos columnas, y, á veces tres, para describir municiosamente una corrida, y en ese mismo periódico un suelto como el siguiente:

“Anoche dió en el Ateneo una conferencia el doctor M., que fué muy aplaudida.

”La falta de espacio no nos permite extendernos sobre cuanto, con mucho acierto, explicó el ilustrado conferenciante.”

¡Falta de espacio!

¡Qué vergüenza para la civilización!

¡Faltó espacio para la Ciencia, porque se lo usurpó la Tauro-
maquia!

Interesaba más al público saber lo que había ocurrido en la plaza, que lo que se había tratado en el Ateneo.

Y así es por desgracia.

La detallada é instructiva conferencia del doctor M. no hubiera aumentado el número de la tirada periodística.

La reseña de los toros la duplicaba, cuando menos.

Y aquí viene bien aquello de:

“El vulgo es necio; y pues lo paga, es justo.”

Pero ¿es sensatamente justo que esa parte de la Prensa, más al alcance de todos, sea en vez de una difundidora de ilustración, una propagandista de la barbarie?

¿No es, esto, asemejarse á esos médicos de poca conciencia, los cuales en vez de combatir la fiebre que padece el enfermo, la prolongan á fin de aumentar el número... de las visitas?

Creo que el periodismo noticiero debe dar cuenta de todo. Pero sometiendo lo inculto á lo civilizador; lo sensacional, á lo instructivo.

Sin embargo; no es lo que, por desgracia, sucede.

Se enaltece el espectáculo en cuestión, como si se tratase de un

interesante progreso en las Ciencias, las Artes, ó las costumbres; y hasta es elevado á las etéreas regiones al matador que más se distingue.

Los calificativos de: *subime*; *magnífico*; *incomparable*; *genio*; *fenómeno*; *insuperable*, y, por lo menos, “grande”, se estampan á diario en ese periodismo con una prodigalidad que asombra.

Decir: “Es un gran torero”, es elogiarlo poco.

¿Qué idea se formarán, hoy, de tal vocablo, por ejemplo, el Gran Capitán; Napoleón el Grande, ó el Gran Federico de Prusia, si pudieran alzar la cabeza?

Lo ignoro. Pero estoy casi seguro de que volverían á inclinarla, avergonzados de ver hasta que punto la palabra *grande*, en España, se había *empequeñecido*.

Hace algunos años no se publicaban *extraordinarios*, más que cuando en tiempo de guerra se obtenía una victoria, ó cuando en tiempos normales ocurría un hecho de tal naturaleza que exigiese semejante anticipación de publicidad.

Ahora, la reseña de una corrida no puede esperar al día siguiente para ser comunicada al público.

La *fiebre* de conocer la opinión del revistero, ó del crítico, no permite, al que la padece, esperar hasta el próximo día.

Y ¿son muchos los atacados?

Por millares pueden contarse; que si muchos millares de hojas no se vendieran, el *extraordinario* no se publicaría.

Y esto sucede en la mayor parte de las capitales de provincias.

No por voluntad propia; al contrario; casi violentándola, muchas de las revistas ilustradas han tenido que apelar al “cliché” tauromáquico.

Hablando con varios de los que venden estas revistas, me han dicho:

—Crea usted que eso da la salida al papel. Muchos de los señores que acostumbran á tomar semanarios, los compran sin añadir nada; pero no pocos señoritos y muchísimos artesanos,

lo primero que nos preguntan es si habla de toros. Y se marchan sin comprarla cuando les decimos que no.

Por lo general, los lunes, la plana telegráfica de los diarios, ocúpanla las noticias de las corridas celebradas en toda la nación.

Y, si la Prensa llamada á educar é instruir, da tales preferencias á lo que desmoraliza y embrutece, ¿no ha de ir aumentando el mal?

Cuanto aparece en letra de molde, se infiltra en los cerebros con la misma intensidad que en los tiempos antiguos se creía en los oráculos, y en los *tiempos medios* se creía en los exorcismos.

Y si la Prensa persiste (me refiero á la que lo hace) en endiosar á ser toreros y en juzgar las corridas como un espectáculo nacional digno de ser alentado, la gran mayoría de ese pueblo, que de verdadera instrucción carece, acabará por creer héroes á los que con cuernos luchan, y á juzgar las corridas hasta como necesarias para demostrar el valor, la hidalguía y la nobleza de la nación española.

¿Pueden estos *médicos* ofrecer una eficaz medicina contra la *fiebre invasora*?

Pueden. Pero á costa de un noble cuanto inmenso sacrificio. Y vamos á verlo.

Mientras algunos demagogos políticos exaltan á las masas y las dejan no sólo en libertad de hacer su capricho, sino hasta las incitan á realizarlos, todo va perfectamente. Mas si alguno de esos demagogos llega al Poder y, comprendiendo que no es lo mismo declamar un discurso que gobernar un país, cambia el rumbo, aunque la razón que antes le faltó le asista ahora, esas masas se volverán contra él y hasta lo declararán traidor.

Pues algo parecido, aunque en menor escala, le sucedería actualmente á una gran parte de la Prensa periódica, si con laudable altruismo quisiera someter el interés propio al bien age-

no, é intentase ser extinguidora del fuego al que antes sirvió de fuelle.

Obraría bien; pero ya en contra de su seriedad periodística, como de sus propios intereses.

Y este último es, quizás, el más grave obstáculo.

Hoy existen Asociaciones de la Prensa. Y para aumentar los fondos de sus pecuniarios fines, apelan á dar corridas de toros.

Sin buenas entradas, los productos resultarían escasos.

Se necesita, pues, que no decaiga el entusiasmo; que suba el termómetro aplicado al cuerpo que padece *fiebre taurina*, é incitar al público para que asista á un espectáculo que esa misma Prensa, años atrás, calificó de bárbaro.

He aquí mis fundadísimas dudas, respecto á que pueda el periodismo (salvo aquella pequeña parte aún no contagiada) cambiar de rumbo.

El *médico* es realmente bueno; pero se ha creado una extraordinaria clientela de enfermos, que hoy ya, obsesionados, prefieren la enfermedad á la salud, y abanadonarían la asistencia del *doctor* desde el momento en que pretendiese realmente curarlos.

¿Vais á alegar vosotros los defensores de la Tauromaquia, que el continuo insistir de la Prensa diaria no alienta la *calentura taurina*?

Pues alegándolo, sólo manifestaríais ignorar lo que es la *sugestión periodística*.

En política, y hasta con respecto á ideas religiosas, se sostiene el equilibrio, porque unos periódicos combaten lo que los otros defienden.

Es una especie de balanza en la que, según el estado de los ánimos, unas veces se inclina más el platillo de la derecha que el de la izquierda, ó al contrario.

Pero el fiel, que oscila, no cae definitivamente arrastrado por el peso de uno de los dos platillos.

Si así fuera, tendríamos: en política, el *despotismo* ó la anarquía; en Religión, la intolerancia más severa ó la indiferencia más absoluta.

Por eso, respecto al primer extremo, surgen cada día nuevos períodos de opuestas ideas; y respecto al segundo, la Iglesia, que anatematizó el descubrimiento aplicado á Gutenberg, funda también cada día nuevos periódicos, y de ellos se vale para casi todas sus manifestaciones, tanto doctrinarias como del culto.

Y la Iglesia no obra, nunca, de una manera inconsciente; luego, cuando así lo hace, es porque le conviene.

El obispo de Jaca ha dicho:

“Es tal el poder del periodismo, que se entra por los ojos, y ni, aun cerrándolos, deja de verse.”

Luego añade:

“Si la soberana del universo es la opinión, la soberana de la opinión es la Prensa. Ella la encauza ó la extravía; la mueve ó la sujeta; la impulsa ó la retarda.

”Cien mil; quinientos mil hombres, obedecen cada día y con toda puntualidad á un amo invisible, oculto detrás de una hoja de papel.”

No puede hablarse con más sinceridad ni mayor conocimiento de causa.

Por cierto que si de un ilustrado ministro de la Religión cristiana, pasamos á un fogoso ministro ó miembro de la Defensa nacional (por cierto, judío), las opiniones no divergen mucho.

Adolfo Crémieux decía:

“Mi consejo es el siguiente: Tratad de una sola cosa; de hacer dueños de la Prensa periódica.

”Si lo conseguís, eso os basta para ser los soberanos del mundo; porque hoy quien tiene la Prensa, lo tiene todo.”

Y este “hoy” era en el año 1870.

Ahora bien: como en los combates periodísticos, según acabamos de anotar, las fuerzas se dividen, y dividir conduce á empeorar, el equilibrio continúa imperando.

Pero si todos los periódicos que se publican—en España, por ejemplo—manifestaran que por datos científicos particularmen-

te obtenidos, el sol al día siguiente aparecería con una aureola verde, la inmensa mayoría de los lectores alzaríase de madrugada para ver salir el sol con aquella supuesta verde aureola.

¿No hubo—y fué un solo periódico—el cual anunció—mediante apuesta—que al que le enviase un sobre con un sello de á real, le remitiría determinada simiente para que de ella naciesen sardinas apenas echada en el agua, y le llovieron las cartas y los reales?

Pues ahí está lo temible.

No en lo referente á las sardinas, sino á lo relacionado con los toros.

Mientras los periódicos del *arte* relataban las corridas endiosando á unos diestros, deprimiendo á otros, y discutían entre ellos, las *suertes* ó desgracias de los lidiadores, poco había que temer.

La mayor parte de los que compran esos periódicos *profesionales*, son aficionados empedernidos, y de ellos hay que hacer caso omiso respecto á separarlos de su afición.

Lo pernicioso, lo grave, lo que fomenta el desarrollo de la epidemia, es el que varios de los periódicos serios; de los que se llaman literarios, y aquellas publicaciones ilustradas, que todos compran y en todas las casas entran, se contagien también y presten su apoyo á las corridas y llenen de fotograbados taurinos las páginas destinadas á ilustrar verdaderamente, sobre todo á la juventud.

Los padres de familia que rechazan el espectáculo en cuestión, pueden impedir á sus hijos que lean las publicaciones tauromáquicas.

Pero si compran periódicos exclusivamente católicos, y con las mismas reseñas se tropiezan, como ya está sucediendo, ¿qué van á alegarles en contra de una *diversión* que toda la Prensa elogia, hasta los mismos que católicos se denominan?

VI

LOS HIGIENISTAS

Indudablemente, los *médicos* son, ó deberían ser, el Gobierno, con cuantos medios le da la *Ley para combatir enfermedades morales*, y la Prensa periódica, con los extraordinarios que cuenta para infiltrar en el público el antídoto á cuanto puede serle pernicioso.

Pero hay también *higienistas*; y pueden enumerarse, con preferencia, entre ellos, los padres de familia; los individuos que ocupan una alta posición social, y los que se jactan de conducir al pueblo por la senda del trabajo, de la educación moral y de un sano progreso.

Los párvulos, ya sean del uno ya del otro sexo, sólo pueden adquirir, presenciando la *fiesta* en cuestión, ó un padecimiento moral que degenera en físico, ó un endurecimiento de corazón que los conduzca, más tarde, á la perversidad.

Cuantas damas protestaron del laicismo en las Escuelas elementales, fundamentaron su enérgica protesta, en que las primeras impresiones recibidas durante la niñez, difícilmente se borran. Y, al decir esto, sustentaban una verdad innegable.

Mas, ¿por qué pensando de este modo y siendo muchas de ellas respetabilísimas madres de familia, no prohíben á sus hijos, y especialmente á sus hijas, asistir á esa mal denominada *diversión*, y no protestan, en masa, contra ella, estando, como está, tan en oposición con el Catecismo y con la doctrina cristiana?

Reflexionar seriamente sobre en lo que, quizás por inadvertencia, no hayáis pensado, y me daréis la razón.

Por lo demás, si continuáis llevándolos á esos circos, y llega un día en que os falten al respeto—porque éste puede inspirar-

se, pero no imponerse,—y se “chavacanan” y abandonan el serio estudio por las *alegres* huelgas, injusticia sería culpar á ellos. Sembrando ortigas, no es posible obtener rosas; sembrando malos principios, no es posible alcanzar laudables fines.

Para ser conscientes padres, hay que ser también conscientes *higienistas*; lo mismo con lo que se refiere á la salud del cuerpo que á la del espíritu; y hasta, no pocas veces, la higiene moral influye eficazmente sobre la física.

En cierta ocasión pregunté á un honradísimo industrial:

—¿Cómo usted que tan buen criterio tiene, y en tan buenos principios educa á su hija, tolera que asista á una corrida de toros?

—Créame que lo lamento—respondióme.—Pero ella se funda en que periódicos con censura eclesiástica, publican y hasta comentan graciosamente las peripecias de una corrida; en que señoras muy distinguidas van á presidirlas, y en que hasta la familia Real asiste á ellas. Cuando todo esto es una verdad, ¿qué razones puedo oponer para que no vaya? Por eso la dejo ir: porque la costumbre se impone; y cuando llega á formar caudaloso río, ya no hay medio de contrarrestarla. Mi hija argumentando como argumenta, y sin serme posible convencerla de que hacen mal todos esos, llegaría á creermé un visionario, y tal vez sería peor el remedio que la enfermedad. En la nación donde la inmensa mayoría se volviese loca, locos se juzgarían á los cuerdos.

Y, á este honrado artesano, me parece, que la razón era la que entonces le asistía.

Al individuo que me dijera hallarse en libertad de conducir á sus hijos donde tuviera por conveniente, pues estaba *en su derecho como padre*, para dejarlos fumar, beber y divertirse á su modo, yo le respondería:

—En primer lugar, no sé hasta qué punto pueda existir *ese derecho*; en segundo, no lo está usted, desde luego, respecto á ha-

cer público un mal proceder, que á los hijos de otros padres ha de ser pernicioso. Permítales que vayan á donde se encanallen, y hasta se prostituyan, que ya le darán el pago. Pero sin la publicidad del mal ejemplo.

En cuanto á las elevadas clases, éstas podrían ser, también, *higienistas*. Y con dignísimas excepciones están realmente siendo *propagandistas* del mal.

Tienen que venir de *arriba* las saludables reformas sociales, así como de *abajo* surgen las revoluciones.

Es evidente que algunos de los que han estado en el Poder, quieren alcanzarlo de nuevo, y otros, que aún no han subido á él, pretenden escalarlo.

Esos son los que ilusionan, enardecen y alientan á las masas, haciendo ellas de explosivos y ellos de mecha.

Pero de un modo ó de otro, por inducción o de *motu proprio*, las revoluciones vienen siempre de abajo, como por abajo empieza siempre á hervir la olla puesta al fuego.

En cambio, para que las costumbres se modifiquen, para que la paz no se altere, el buen ejemplo ha de venir de arriba.

El cardenal de Rezt, escribió: “Cuando los Gobiernos pierden la vergüenza, los gobernados pierden el respeto.”

Yo, haciendo una parodia de esta justa sentencia, atrévome á afirmar que cuando las familias de más elevada categoría, públicamente dan muestras de falta de caridad, de nobles sentimientos y de buenas costumbres, las clases menos elevadas las imitan, y las más humildes las copian.

Es un caso muy parecido al de las modas.

Casi ninguna señorita aspira á vestir como modestamente lo hacen las obreras.

En cambio; ¡cuántas obreras no aspiran á vestir como una señorita!

Esta culpa, sin embargo, no es de la clase adinerada, puesto que ella viste con relación á su estado social. Tiénela aquellos padres y aquellas madres de clase modesta que permiten, como gracia á la *niña*, lo que puede ser su desgracia más adelante, ó

tolera en la hija, ya mujer, que lo empezado por frivolidad continúe siendo capricho; acabe siendo costumbre, y ésta no pueda sostenerse más que á costa del deshonor.

Volviendo á nuestro asunto, no me tacharéis de mentiroso si afirmo que las clases más modestas son, socialmente, el espejo de las más encumbradas, asemejándose al girasol, cuya tendencia es seguir la marcha del astro del día.

La razón es obvia.

¿Quién no conoce, ó ve, cuando menos, á la princesa *Ene*? Y ¿quién conoce ó se fija en la hermana del betunero *Equis*?

¡Cuántas veces he preguntado á costurerillas!

—¿Por qué vas con ese aire tan desenvuelto?

Y casi siempre me han respondido:

—¿Pues no lo lleva lo mismo la señora *Tal* ó la señorita *Cual*?

Otro punto de vista.

Si las personas que ocupan los más elevados peldaños en la escala social, estrechan con efusión lo mismo la mano del que acaba de matar á un toro que la del general que acaba de ganar una batalla, ó la de un ilustre literato, ó la de un eminente sabio, esta nivelación quizás ni aun halague al torero, por juzgarla merecida, ni, desde luego, favorece al que se ve nivelado á un matador de toros.

Si lo mismo, esas personas de la más elevada alcurnia, aplauden el poner en su sitio un par de banderillas, que en el Teatro una obra sublime, ó á un actor eminente, lejos de fomentar ese aplauso á la literatura española ó al arte escénico; sólo engendran entre Arte, Literatura y Tauromaquia una equivocación altamente lamentable.

Desde el momento en que la honrosa cruz de San Fernando se le diera lo mismo al que hubiese heroicamente luchado en la guerra, como al que hubiese matado con más suerte un novillo, creo que todos los que poseen tan noble insignia se la arrancarían del pecho indignados.

¿Cómo, pues, eminentes, literatos egregios, é inspirados artistas pueden agradecer deferencias, aplausos y consideraciones que los nivela con los que por dinero ó por afición se dedican á jugar con reses, jugándose, en no pocas ocasiones, la vida, para divertir á un público, el cual lo mismo los palmotea que los denigra?

Pues estas personalidades que indico sin nombrar, porque todos las conocemos, pudieran ser *higienistas*.

Y si á causa de ser lo contrario se declara la *epidemia*, ya veremos lo que sucede. Porque la popularidad eleva dignamente; pero la populachería, lo que hoy eleva mañana derrumba; como al que se hace de miel se lo comen las moscas; y como la mujer que con todos usa iguales deferencias amorosas, acaba por hacerse despreciable.

VII

EPÍLOGO

Y vamos á terminar resumiendo.

De lo que es en sí el espectáculo, creo haber dicho lo bastante.

En cuanto á los que me supongan un tauróforo, se engañan.

Si la fiesta en cuestión se redujera á tener efecto en el circo á él destinado, nada de lo que llevo dicho vendría á pelo, porque millones de artículos y millares de folletos se han escrito combatiendo y execrando las corridas de toros.

Uno más, estaría de sobra.

Odio el juego; y, sin embargo, conceptúo que los garitos han de existir siempre.

Detesto la embriaguez; pero conceptúo que aun sin existir las tabernas, seguirían existiendo los borrachos.

Inmorales son las casas de prostitución; pero tal vez al cerrárlas, se abriría paso á otra prostitución mucho más lamentable.

Todo eso puede y ha de continuar sin graves temores de desorganización social, mientras lo endémico, de epidémico no tome el carácter.

Eso precisamente es lo que se necesita impedir. Y esto es lo que me ha impulsado á escribir estos apuntes.

Si la fioxera se hubiera limitado á veinte ó treinta cepas, la vid en general se hubiera burlado de ella. Por desconocerla en un principio, y por no hallar después remedios eficaces, fué esparciendo su influencia devastadora, acabando por arruinar á infinidad de familias.

Como consecuencia ó menosprecio ó desidia hacia la vacuna, se declara una epidemia variolosa que asola á una ciudad.

El germen de las más terribles enfermedades suele ser un microzoo. La vista no lo percibe, y, sin embargo, multiplicándose destruye el organismo.

Quizás la Providencia ha querido demostrarnos con eso, el aforismo de que las pequeñas causas, dejándolas avanzar, producen grandes efectos.

Necia fuera, en mí, la pretensión de suponer que el Gobierno puede impedir todas las enfermedades, como sería la de que puede evitar una sequía ordenando que lloviese.

Cierto es, que en el asunto que se trata, bastaría una ley para cerrar todas las plazas de toros; y cerradas las plazas, acabadas las corridas.

Pero tales son ya los intereses creados, que semejante ley, si llegaba á proponerse, no llegaría á promulgarse.

Nada de eso, vuelvo á repetir, es lo que yo pretendo. Es, y no me cansaré de repetirlo, que las corridas lejos de conceptuarse como un mal, ya casi necesario en España, se pretende ostentarlo como una gloria nacional; que la Prensa periódica, lejos de limitarse al anuncio de la corrida, le dedica extensas columnas para sostén de tan *civilizadora* fiesta, y que hasta encumbradas personalidades obsequien y estimulen á los toreros, con valiosas dádivas y fuertes apretones de manos; porque todo esto no es ya tolerar un bárbaro espectáculo, es fomentarlo, equiva-

liendo á decir: Hagamos lo posible porque la filoxera se propague, en provecho de la Agricultura; ó que la viruela tome incremento en honor de la Medicina; ó que presentásemos el juego como una virtud; la embriaguez, como una prueba de cultura, y las casas de prostitución, como mansiones del amor más puro.

Verdaderos tauróforos han dicho que cuantos asisten á las corridas, son imbéciles, idiotas, y casi hasta criminales.

¡Líbreme Dios estar de acuerdo con esos tauróforos!

La diferencia entre dicha *fiesta* y los que á ella concurren es extraordinaria.

Confundir el espectáculo con los espectadores, cosa es tan falta de razón como de justicia. No es un tonto el que comete una tontería; ni el que ignora algo es un ignorante.

En más de treinta años de observación he podido cerciorarme de que por cada mil personas de las que asisten á una corrida, quizá no llegue á cincuenta en número de los tauróforos *enragés*.

De entre todo el resto, una parte concurre por ver la animación de la plaza; otra, por aquello de *¿A dónde vas Vicente?*; otra, por acompañar á los amigos; todo el resto por *sugestión*.

De aquí las conocidas preguntas y respuestas de:

—¿A dónde vas?

—¡¡A los toros!! (Con entusiasmo.)

—¿De dónde vienes?

—De... los... toros. (Con languidez.)

Dentro de la plaza la *sugestión* se hace colectiva, como en las revoluciones, á los gritos de *¡Viva!* ó de *¡Muera!* Pero al salir de ella, el buen criterio que cada uno se ha dejado á la puerta, como un bastón ó un abrigo, vuelve á predominar en nuestro ser. El aire exterior refresca la mente; torna la reflexión á recuperar su imperio: la sangre vuelve á circular sin el incentivo de aquellas emociones, y muchos se dicen *in pectore*:

—Atrayente es el espectáculo; pero también precisa confesar que es sanguinario y cruel.

Otros, salen á su vez exclamando:

—Lo que es yo, no vuelvo más.

El arrepentimiento es sincero. Mas el propósito, la mayor parte de las veces, resulta incumplido. Vuelve la sugestión y vuelven á la siguiente corrida.

Ya se ve, pues, que no está el grave mal en la plaza; sino fuera de ella. Esto es: en la continuidad de la sugestión.

El pueblo que trabaja; el que pretende, y la pretensión es laudable, emplear el tiempo que le dejan sus ocupaciones al bien de la familia, al estudio y á la deseada independencia, ése, á quien por último me dirijo, es otro de los factores que he llamado *higienistas*, y de los que más deben influir con sus compañeros para atenuar, y, hasta si es posible, extinguir los efectos de la *fiebre taurina*.

Ese pueblo no debe olvidar que muchas veces se pretende embrutecerlo para dominarlo, y que lo primero se alcanza dejando que la embriaguez, ya moral ya física, no sea accidental, sino continua; desviándolo así de la recta y reflexiva senda, única que puede conducirle á que se le atienda y se le respete.

Y ¿cómo puede ser atendido y respetado el obrero que deja á la familia sin comer por irse á presenciar una *fiesta* de la que no ha de resultarle beneficio alguno, ni para su ocupación, ni para su inteligencia, ni para su provecho?

Entraña otro grave inconveniente; y es el estímulo; con especialidad en los individuos más jóvenes.

Leen que tal ó cual diestro gana dos, tres y hasta cinco mil pesetas en una corrida, y semejantes sumas lanzadas *urbi et orbi* por la Prensa, les impulsa á seguir la *carrera* del toreo, como si para seguirla no se necesitase más que *carriño* á la *afición* y desprecio á la vida.

El torero, nace; y por eso entre veinte millones de habitantes que, según parece, tiene hoy España, no pasarán de veinte estoqueadores—y me he extendido mucho—los que ganan tales sumas.

Pero no lo cree así la generalidad, y jóvenes en crecido nú-

mero se juegan á la Lotería del toreo hasta la existencia, para obtener, á lo sumo, un insignificante premio en la *pedrea*.

Si la autoridad lo permitiese, más lidiadores se echarían al *ruedo* que espectadores quedarían en los *tendidos*; y también quedarían *tendidos* muchos en el *ruedo*.

Es no permitiéndolo, y se arrojan apenas pueden, sin temor á un sablazo, á una multa, ó á una cornada.

Más aún; hay padres—lo he leído varias veces—con tan poco amor hacia su prole, que han ofrecido 500 pesetas, y hasta mil, para que se le permita á su hijo dar algunos quiebros.

Está sucediendo en esto algo muy semejante á lo que se observa en el género de *Variétés*.

Muchas son ya las porteras, planchadoras y domésticas que teniendo una hija, de formas y facciones algo bien proporcionadas (lo demás la pintura se encarga de hacerlo), sólo piensan en dedicarlas á “cines” y “salones”, para ganar cada noche de 25 á 100, ó más pesetas. Y se gastan lo que no tienen en maestros de baile y de canto, sin comprender que también la artista nace, y resultando las más de las veces que esas infelices, ó terminan con el *debut* y dinero perdido, ó tienen que pasar á otro género mucho más inferior, y entonces lo perdido es el pudor.

A las corridas para Beneficencia no crea tampoco el sensato obrero que las personas pudientes, y la inmensa mayoría de la concurrencia, asiste con el santo propósito de socorrer al necesitado.

Citaré como ejemplo, una cuenta de la corrida de Beneficencia que se organizó en Málaga por la Excm. Diputación provincial el 14 de Julio de 1912, resultando de ella, que el producto líquido fué de Ptas. 16.670, mientras la entrada había sido de “42.108.05” Es decir, que los gastos superaron, en mucho al beneficio alcanzado.

Rafael Gómez Ortega (a) “Gallo”, torearía gratis. Pero recibió una *gratificación* de 5.000 pesetas.

Manuel Rodríguez (a) “Manolete”, haría lo mismo; pero recibió otra *gratificación* de 3.000.

En resumen: que la corrida se dió para los pobres del Hospital, y de 42.000 pesetas de ingreso 16.000 seiscientas y tantas fueron las realmente obtenidas para tan benéfico fin!

Si la Caridad y no la tendencia hacia la tan referida fiesta hubiera sido la verdadera impulsadora, esas 42.000 pesetas, como donativos particulares hubieran sido dadas. Pero lo probable es que no se hubieran obtenido ni 400.

Contribuyó á aquella entrada el elemento pudiente, en gran parte, por compromiso.

Pero contribuyó el pueblo, casi indudablemente, por afición.

Terminemos:

El pueblo, en fin, es el que necesita experimentar una reacción bienhechora.

Ya lo indicamos: Reyes y Emperadores de la antigüedad y de aún no muy lejanas épocas, divertían á sus súbditos con fiestas anticientíficas, para encallecer sus sentimientos, atrofiar su inteligencia y desviarlos de todo aquello que pudieran pedir con razón y defender con energía.

Esos tiempos han pasado.

En vuestra cultura, en vuestra seriedad y en la afirmación de vuestros derechos, está el que no vuelvan.

Mas, para alcanzar esos derechos, tenéis que cumplir exactamente vuestros deberes, entre los cuales está el de rechazar como indigno de vosotros, lo que en sí no traiga aparejadas estas tres cosas: Instrucción, cultura y trabajo.

De seguir otra senda, yo no lo veré, mas puede ser que se convierta en profecía este sensato aforismo:

*“Herido está de muerte
el pueblo que con sangre se divierte.”*

JOSÉ CARLOS BRUNA

Profesor de la Escuela de Comercio de Málaga





BIBLIOTECA
NACIONAL
BN



1002191795



Ruégase

a cuantos se ocupen en la Prensa de este folleto, sea la opinión favorable ó contraria, el envío de un ejemplar al autor, Catedrático de la Escuela Superior de Comercio de Málaga.

OBRAS QUE TIENE PUBLICADAS

Impresiones de un viaje con S. M. D. Alfonso XII, (Madrid, Tipografía Aribau.) (Edición agotada.)

Málaga humorística	Pesetas 1.—
Cantares africanos	» 0.50
El Carnaval	» 0.50
El Juego	» 1.—
La Virgen de Carne. (novela)	» 1.—
Reflecciones sobre la pena de muerte ,	» 0.50



Pedidos al Autor
